
Un siglo de revueltas árabes: similitudes y diferencias

Víctor Morales Lezcano

Advertencia

Abordar en un ensayo breve la cuestión de las revueltas árabes en el transcurso del último siglo, no es operación cómoda ni sencilla. Sin embargo, motivado por algunos cambios de impresiones tenidos con amigos de la Fundación Ortega, no he podido sustraerme finalmente a la tentación de plantear en prensa la cuestión de marras. Para llevarla a buen fin, he optado por enfocar las revueltas árabes que se han sucedido de manera encadenada durante los seis primeros meses de 2011, aunque haciéndolas preceder de una introducción histórica.

Antes de seguir avanzando en la incursión histórica, me veo forzado a puntualizar que, para un historiador, enfrentarse con el planteamiento de una cuestión que se ha abierto hace sólo seis meses, que continúa viva, que no está cerrada, es experiencia que ge-

nera un estado de ánimo –y no sólo ocupación intelectual– plagada de incertidumbres y expectante frente a los hechos que cada día van acumulándose en lo que la archivística de Francia reconoce con el término genérico de *l' historique de l'affaire*. Por ello declino en otros la tarea más «presentista» que concierne a los países de aquel orbe que han iniciado la «primavera árabe» de 2011. Esto no me impide abordar en la segunda parte del ensayo algunas cuestiones de interpretación del pasado y presente de las revueltas árabes. Espero que la segunda parte sea de utilidad orientativa para el lector profano en la materia. Esta reflexión inicial en nada palia la responsabilidad del autor en el resultado obtenible, aunque no podía hacer menos que recogerla en las líneas que preceden a este ensayo.

La cuestión de las revueltas árabes entre 1914 y 2011 ha sido un capítulo de primer orden en la narrativa académica inspirada en la historia contemporánea y del mundo actual. El hecho de que, a un interés estratégico, dentro del mapa geopolítico delimitado por los países ribereños del golfo Pérsico y los pertenecientes al Magreb argelo-marroquí, se sume un dato rotundo, como es que los territorios que integran el conjunto civilizatorio árabe-iraní-islámico poseen substanciosos yacimientos de petróleo y bolsas de gas considerables, es un factor que no ha hecho sino realzar el interés internacional por el conjunto lingüístico, religioso y cultural propio que reconocemos con la denominación de Oriente Próximo-Medio.

Me agrada que la *Revista de Occidente* haya hecho suya una sugerencia temática a la que no deberían sustraerse las páginas, no ya de esta señera publicación periódica, sino de ninguna de aquellas otras que se cotizan bien en el mercado intelectual de España.

Las revueltas árabes en el siglo XX

Espero que no resulte inoportuno hacer de entrada una referencia detallada a las revueltas árabes del siglo pasado. De esta manera, puede que resalte con más claridad la tónica diferencial que distingue a las insurrecciones en el norte de África que han dado al traste con los regímenes autoritarios de Túnez y Egipto, además de poner en trance agónico a los de Libia, Yemen y Siria en el transcurso de 2011. Pero empecemos por el principio.

Las dos revueltas árabes del siglo pasado aparecen en perspectiva como sendas coyunturas históricas que han sacudido con diferente intensidad el Mashreq (Levante) u Oriente Próximo y Medio. Siguiendo los pasos del filósofo G.B. Vico (1668-1744), puede hablarse, en este caso, de un flujo árabe-islámico entre 1914-1919, y de un reflujo por parte del sistema internacional entre 1919-1939.

El flujo de la primera revuelta árabe se inserta en la última fase del Imperio turco-otomano, que venía arrastrando su desintegración hasta alcanzar el final de la primera guerra mundial. Fue en ese marco concreto donde los príncipes y dignidades árabes del Oriente Próximo, península de Arabia incluida, demostraron a los aliados anglo-franco-americanos la voluntad de adquirir su soberanía, que todavía ejercía la *Sublime Puerta* desde Estambul, sobre las provincias árabes del Imperio; puesto que la mayor parte de las provincias cristianas de dicho Imperio en la península de los Balcanes habían obtenido su independencia, o, cuando menos, su autonomía, al sonar el estallido de agosto de 1914.

El conjunto de este capítulo de fin de siglo ha sido muy estudiado: desde L. Carl Brown y Bernard Lewis hasta Hourani y Kedouri. La «cuestión de Oriente» y su prolongación hasta la segunda posguerra del siglo XX constituye un apartado sustancioso de la contemporaneidad en las relaciones euro-árabes, dado que en su

seno hunde sus raíces el pecado original del extrañamiento actual entre europeos y árabes.

Recordemos aquí que los herederos de la dinastía hachemí (Hussein ibn Ali y sus dos hijos –Faisal I y Abdullah–) sufrieron una decepción mayúscula cuando se ratificó el tratado de Versalles. Las expectativas de las dinastías hachemí y saudí se vieron defraudadas por dos resoluciones que se abrieron paso en el transcurso de la guerra y en su inmediato epílogo diplomático. La primera de ellas fue el reconocimiento de la creación de un Hogar Nacional para Israel, pensado con la intención de albergar en su seno tanto a la judería de la diáspora como a la población palestina con arraigo inveterado en el futuro Mandato británico. La declaración del ex primer ministro (Lord Balfour) en noviembre de 1917, consagró el principio de la contradicción en Palestina. La segunda decisión fue la de «burlar» la promesa explícita que hizo el *alto comisionario* de Gran Bretaña en Egipto (*sir* Henry MacMahon) al cherifé de la Meca (Hussein ibn Ali) en los términos que siguen: «Gran Bretaña está dispuesta a reconocer y apoyar la independencia de los árabes en todas las regiones que se encuentran situadas dentro de las fronteras propuestas [por la dinastía hachemí]», entre las cuales se incluía Palestina. Ahora sí que resaltamos con énfasis la contradicción en que incurrió Londres en los orígenes de la supuesta «segunda cuestión de Oriente».

Todas las revueltas tribales que fueron alentadas por las autoridades musulmanas a partir de 1916, para socavar así la autoridad del Imperio turco-otomano y facilitar a las tropas de los aliados la derrota del eslabón débil del bloque austro-germano, resultaron en vano cuando llegó el final del conflicto armado.

Las revueltas de los príncipes y principales de los escenarios de Egipto, Mesopotamia y del entonces reconocido como Creciente Fértil (Siria, Líbano, Iraq, Jordania) fueron asfixiadas en el nido por conveniencias promiscuas de los aliados. *Los siete pilares de la sa-*

biḍurí, obra publicada por T.E. Lawrence en 1926, narra desde dentro el momento crucial del malentendido euro-árabe, que tanto ha contribuido al desarrollo ulterior de las desavenencias entre las partes en litigio desde entonces. El siglo que se inauguraba entonces no traería horas felices, ni momentos dulces, a la plataforma de las relaciones euro-árabes.

La segunda revuelta árabe se gestó durante el período de entreguerras. En su transcurso, el flujo migratorio de población judía no hizo sino ir en aumento, siempre con el respaldo anglo-americano. Ello culminó en la fundación del Estado de Israel en mayo de 1948, en medio de un entorno fronterizo hostil a la implantación de la causa sionista en Oriente Próximo.

De otra parte, el nacionalismo *sui generis* del mundo árabe fue acrecentándose entre intelectuales y minorías influyentes en las capitales y otras aglomeraciones urbanas (Nablus, Alejandría, El Cairo, Bagdad, Damasco). Los efectos de arrastre en el incipiente movimiento reformista del Magreb –posesión colonial de Francia, de forma directa (caso de Argelia) o indirecta (caso de Túnez y Marruecos)– no tardarían en manifestarse.

Carmen Ruiz Bravo-Villasante analizó en su momento el pensamiento de figuras señeras del nacionalismo árabe, en *La controversia ideológica: nacionalismos árabes, nacionalismos locales* (eds. Instituto Hispano-Árabe de Cultura). Por su parte, Nazih N. Ayubi, en la obra *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del estado árabe* (eds. Bellaterra, 1998), ha contribuido, como pocos lo han hecho, a recuperar el origen contemporáneo del proceso estatista y centralizador que ha ido rebotando de mano en mano en el orbe árabe-islámico hasta culminar en las autocracias magrebíes y mashriquíes que –entre 1970 y 2011– se hicieron fuertes con el pretexto de blindar a las sociedades locales ante el *peligro* comunista. Cuando éste dejó de ser la gran amenaza, se subrogó el *peligro* en términos de terrorismo islámico. Algunas autocracias (caso de Tú-

nez y Egipto) se han venido abajo ante los levantamientos populares del primer semestre de 2011.

La simiente del panarabismo floreció en la posguerra mundial (1945-1960). El gran constructo ideológico de aquel momento fue el ideal de una patria común para todos los árabes; constructo fundamentado en la comunidad lingüística, religiosa y cultural de sus miembros, desde Mesopotamia hasta Marruecos, país de Poniente por excelencia; desde el Levante sirio-libanés y palestino hasta la Berbería central (Argelia) de los viajeros europeos de los siglos XVI al XVIII.

Al florecer con pujanza este ideal de panarabismo sublimador en las clases medias árabes, se produjo en su seno una mezcla de antisemitismo militante y de rechazo frontal del colonialismo de cuño franco-británico y, más tarde, estadounidense. A esta conjunción de posiciones mentales y sentimientos apasionados contribuyó un factor novedoso, de imprevisible capacidad alteradora del estado de la cuestión. El petróleo, en cuanto fuente de energía, empezó a ser explotado en los yacimientos de Iraq, península de Arabia, Libia y Argelia, sin práctica solución de continuidad entre 1925 y 1945; y desde entonces, hasta la actualidad, en creciente volumen extractivo. Un siglo de aprovechamiento energético por parte de las potencias occidentales y de otros beneficiarios contribuye a explicar, también, la segunda revuelta árabe del siglo XX. O sea, el levantamiento político interno del panarabismo que esgrimieron los coroneles nacionalistas en casi todo el Oriente Próximo y Medio de la segunda posguerra del siglo.

Sucumbieron entonces las monarquías –Abdullah de Jordania (1951), Faruq I de Egipto (1952), Faisal II de Iraq (1958)– a manos de los generales de la famosa Academia Militar de El Cairo (Néguib, Nasser) y de las escuelas militares inspiradas en la tradición europea. No hubo modo de contener el creciente protagonismo político del ejército en toda la región.

Más que revuelta tradicional, liderada por cherifes y dignidades tribales de filiación islámica *sunní*, el caldo de cultivo del levantamiento árabe en entreguerras nutrió, años más tarde, una furiosa contracorriente política y social que agravó, ya en plena guerra fría (1947-1989), la discordia entre el Oriente árabe-islámico y Estados Unidos –convertido este colosal Estado en custodio y gendarme de las que habían sido posesiones coloniales franco-británicas durante los decenios álgidos del imperialismo occidental (1880-1939). Las necesidades de abastecimiento energético por parte de un hemisferio literalmente sediento de «oro negro», además del estado de guerra permanente que se suscitó en la región, entre Israel y los frentes árabes refractarios a la creación de un Estado judío en tierra palestina, fueron ingredientes explosivos donde los haya. En el seno de muchos países árabes se fue consolidando con los años la inclinación gubernamental al presidencialismo. De ahí a la autocracia ¡hereditaria! sólo quedaba un paso a dar, como sucedió con los delfines consanguíneos en Siria, Egipto y Libia.

No es fácil ubicar en esta secuencia temporal del desencuentro entre dos civilizaciones tan diferenciadas como son la euro-americana, de una parte, y la árabe-islámica, de otra, el fenómeno del resurgimiento religioso de un Islam de carácter político. Éste tuvo ilustres precursores en algunos reformistas de finales del ochocientos como Muhammad Abdú y Jamal al-Din al-Afgani; se fortificó teóricamente con Sayed Qubt y logró difusión considerable entre las capas sociales del mundo árabe castigadas tanto por la mala administración local como por los beneficios «salvajes» obtenidos por los especuladores internos e internacionales de los pozos de petróleo y las bolsas de gas en explotación.

Este Islam político iría permeando no sólo la variante *chií* del Islam (como ocurrió a la vista de todos en Irán en 1979, al ser destronado M. Reza Pahlevi y establecerse la República islámica de los *ayatollah*), sino que fue bien acogido en otros países de la *umma*

o gran patria árabe-islámica, como sucedió en Argelia en los años 90 del siglo XX. Por su parte, los Hermanos Musulmanes venían siendo en Egipto un foco permanente de lectura política radical de muchos textos sagrados en la tradición coránica. El eco social de este islamismo fue *in crescendo* a partir del pasado fin de siglo, sustituyendo así al nacionalismo panárabe clásico, con excepción de la versión árabe de estatismo socialista (movimiento Baath) predominante en Siria e Iraq bajo las dictaduras del clan Assad y de Saddam Hussein, respectivamente.

Israel, Estados Unidos, la antigua Unión Soviética y otras naciones occidentales fueron demonizadas por la corriente islamista de signo radical donde la hubiere, como fueron malquistos líderes y dirigentes musulmanes considerados infieles a la ortodoxia islámica por *ulemas, muftíes y ayatollahs*. El petróleo primero, y el Islam político, más tarde, abocaron a que la crispación, cuando no el enfrentamiento armado, enemistaran cíclicamente a tirios y troyanos en la región, hasta prácticamente antes de ayer. Si no, recuérdese el 11-S, cuando un comando al servicio de Al-Qaeda aplicó el método de la guerra terrorista por vía aérea al corazón neoyorquino de Estados Unidos. El sustento y apoyo occidental a las autocracias árabes en el norte de África y en el Mashreq entre 2001 y 2011, bajo pretexto de que aquéllas sirvieran de dique de contención al *yihadismo* islámico en su dimensión más agresiva, explicaría la eclosión que han significado las sublevaciones –tan imprevisibles como populares– de la *primavera árabe*. Eclosiones populares en contra del abuso de poder, de la codicia insaciable y de la privación de los derechos humanos tenidos por inviolables en todas las sociedades avanzadas; y a favor de un futuro con garantía de libertad y de equidad.

Una afluencia bibliográfica fuera de lo común ha inundado el mercado del libro concerniente al mundo árabe-islámico del Mashreq y del Magreb durante la segunda mitad del siglo XX. Véase, si

no, esta selectiva nómina: Olivier Roy y Gilles Kepel en Francia; Bernard Lewis, Fred Halliday y Rashid Khalidi, en el ámbito anglosajón; Juan Vernet, P. Martínez Montávez y Gema Martín en España; Abdallah Laroui, Tariq Ramadan y Malika Zeghal, entre otros muchos estudiosos procedentes del mundo árabe, aunque establecidos, algunos de ellos, en universidades del hemisferio occidental. Todos forman la plana mayor del género de ensayo reflexivo sobre las causas del desencuentro entre civilizaciones y, por ende, de las consiguientes revueltas árabes acaecidas a lo largo de un siglo. Dos caras de un mismo tema, un tema mayor de nuestra época.

Forzado a elegir un único volumen que sintetice lo que, a duras penas, he intentado comprimir en la primera parte de mi contribución al dossier, propondría al lector la consulta de *The Modern Middle East*, coordinado por A. Hourani, Ph. Khoury y M.C. Wilson (IB Tauris, en sucesivas ediciones de bolsillo, a partir de 2004).

Análisis e interpretaciones

En puridad, el análisis, diagnóstico de la situación y perspectivas de saneamiento de las sociedades norteafricanas y medio-orientales, es un desafío de envergadura para los estudiosos del proceso en ciernes, cuando éste se contempla no sólo al filo de los recientes acontecimientos políticos, sociales y otros pocos concomitantes, sino sobre todo si se escruta el fenómeno con distanciamiento objetivador; desde su génesis contemporánea, al menos. Por tal razón, este ensayo despegó con un recordatorio de las revueltas árabes acaecidas durante un siglo aproximadamente.

Se me ocurre, además, airear lo que es de sentido común. El proceso que conduce al progreso de las libertades, a la implantación gradual de la democracia y a la configuración del Estado de derecho, será en toda la región cuestión de tiempo, temple y fortu-

na favorable. Por ello apostamos legiones de observadores, gentes de la escena política internacional y profesionales de la galaxia mediática.

Ahora bien, el tiempo necesario para que las sociedades norteafricanas y medio-orientales se regeneren, nadie puede retrasarlo o precipitarlo. De ahí, el dicho consuetudinario de «dar tiempo al tiempo». Temple, desde luego, hay que poseerlo, o, en su defecto, procurar desarrollar esta facultad al enfrentarse a los negocios de la cosa pública, máxime en épocas revueltas que tanto se prestan a manipulaciones burdas, e, incluso, sofisticadas. En cuanto a la fortuna, en el sentido de buena suerte, que en lenguaje orteguiano llamaríamos «concurso de circunstancias», es probable que sea un factor azaroso, que no caiga por las buenas en manos de los *dramatis personae* involucrados en lo que se trata de subsanar o refundar en las sociedades de la región mediterránea de la que se viene tratando en estas páginas.

Mientras tanto, han empezado a prodigarse, sin embargo, las explicaciones, los análisis e interpretaciones más –o menos– coherentes sobre los acontecimientos norteafricanos de los seis primeros meses de 2011. Propongo una revisión escueta de algunas de estas apreciaciones, por si ayudaran a sustentar el debate, tanto explicativo como interpretativo, que se ha abierto desde un principio sobre las rebeliones sociales contra los regímenes autocráticos en el mundo árabe. Veamos a continuación, por tanto, tres puntos de vista sobre el proceso que ha conducido a la actual situación en el Mediterráneo, con el propósito de situar al lector en el estado de la cuestión.

Por razón de precedencia en su aparición editorial, partamos del referente canónico que Bernard Lewis, profesor emérito del Instituto de Estudios Avanzados en la Universidad de Princeton, sentó en su libro *¿Qué ha fallado? El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo* (ed. Siglo XXI de España, 2002).

En su obra *¿Qué ha fallado?*, Lewis pasa revista a las causas externas e internas que han sido señaladas por varios autores con más insistencia para explicar el prolongado estancamiento socio-económico, político y científico del mundo árabe-islámico en tiempos modernos. En particular, durante los dos últimos siglos, justo aquellos que han transcurrido desde la batalla de las Pirámides (1798), con Napoleón Bonaparte arengando a los soldados franceses, hijos de la República y expedicionarios en Egipto, hasta el 11 de septiembre de 2001, cuando la voladura de las torres gemelas en Nueva York abrió una brecha importante en el entendimiento entre civilizaciones. Lewis nos recuerda en sus páginas que se ha apuntado con frecuencia al impacto de las intervenciones y herencias del exterior que han lastrado al Oriente musulmán a partir del siglo xv. La existencia del Imperio turco-otomano, ramificada militar, administrativa y fiscalmente en todos los territorios del Mediterráneo oriental, sería una de las causas –entre varias otras– del estancamiento histórico del orbe árabe-islámico. A ello habría que sumar, naturalmente, la dominación (a veces, permeación múltiple) del Magreb y Mashreq por las potencias de la Europa centro-occidental desde la mitad del siglo xix hasta después, incluso, de concluida la segunda guerra mundial. La emergencia mundial de los Estados Unidos en el campo de las relaciones internacionales, en calidad de superpotencia, se extendería durante la segunda mitad del siglo xx. Este hecho remataría el signo de las intervenciones mediatizadoras, cuando no depredadoras, de los intereses occidentales, tanto en la esfera geopolítica, como en la social y humana, de los pueblos del *Gran Oriente Medio* –terminología cara a la publicística americana del último decenio. Véase *An Atlas of Middle Eastern Affairs* (Routledge, 2010).

Sin embargo, Lewis recuerda al lector que un puñado de historiadores, orientalistas, científicos sociales e internacionalistas volcados hacia el mundo árabe-islámico y sus desventuras en la

época moderna, no apunta exclusivamente a las razones externas como si fueran determinantes mayúsculos del estancamiento de la civilización árabe-islámica, sino que subrayan también las razones internas de peso. Como sería el caso, por ejemplo, de la supuesta «tara» de la religión islámica, presuntamente opuesta al progreso científico, económico-empresarial y al sistema político democrático. Apunte, éste, desarrollado germinalmente por Ernest Renan y refutado tanto por autores de talla en el mundo árabe como por Maxime Rodinson, y muy matizadamente por Mohamed Arkún.

Las salidas de emergencia –a veces, desesperadas– de estas presuntas causas de la mediatización del proceso histórico de las sociedades norteafricanas y medio-orientales, tanto por el peso de lo exterior como por el legado negativo de algún aspecto de la propia civilización musulmana, han sido –según Lewis– las vías del nacionalismo panárabe y del socialismo de importación. Luego de este recorrido, muchos, amplios sectores de la región regresaron a los orígenes genuinos del Islam, o regeneración salafí, que en su dimensión más desafiante proclamará el recurso al *yihad*, o rechazo determinante de la intrusión nociva del exterior, o de cualquier sociedad o individualidad musulmana «desviada» de la ortodoxia islámica. De aquí, precisamente, provendría la corriente religiosa y política adjetivada como *yihadista*.

«Si los pueblos de Oriente Próximo [y norte de África]», concluye Lewis, «pueden abandonar las quejas y el victimismo, solventar sus diferencias, unir sus talentos, energías y recursos en un proyecto creativo en común, entonces el mundo árabe-islámico puede volver a ser un importante centro de civilización como ya lo fuera en la antigüedad y en la edad media»

Como no hay espacio suficiente en este ensayo solicitado por la *Revista de Occidente*, el autor se reserva por ahora la expresión de sus observaciones críticas tanto al enfoque del profesor Lewis, como

con respecto a las dos interpretaciones que se sintetizan a continuación.

El segundo análisis y su interpretación del asunto de marras procede, no ya de la pluma de una figura académica, aunque polémica*, como es el caso del profesor Lewis, sino de un corresponsal de prensa y radio británico, curtido en los diversos destinos que le asignó la BBC (British Broadcasting Corporation). Nos referimos a Roger Hardy, y en particular a su útil síntesis que lleva por título *The Muslim Revolt. A Journey through Political Islam* (Hurst & Co., 2010). En el resumen de contenido de este breve volumen, su autor comprime el fondo del asunto en los términos siguientes: «las revueltas musulmanas son el resultado de un fallo doble, [primero] el de los regímenes del mundo árabe-islámico al no haber hecho una transición exitosa a la modernidad, y [segundo] el del propio Occidente al no haber tratado con inteligencia y equidad a una parte del mundo tan vital para sus propios intereses estratégicos como el mundo árabe-islámico».

Como se acaba de ver, Hardy evita caer en la trampa del culpabilismo unilateral que impregna una cantidad ingente de apreciaciones sobre el tema, y que tanto lastran a un contingente nada desdeñable de figuras académicas, mediáticas y de perfil profesional variado. De otra parte, este autor se limita a recuperar las «respuestas» de emergencia que han ido improvisando sectores relevantes dentro de las diferentes sociedades islámicas en juego. Así, los Hermanos Musulmanes de Egipto eligieron la táctica del repliegue casi total ante las represiones que ha venido sufriendo esta cofradía purista durante el medio siglo que distancia la era de Nasser (1953-1970) de la de Mubarak (1981-2011). Por otro lado, el

* Recordemos la acerada polémica entre B. Lewis y E. Said, luego de la publicación, por este último autor, de su polémico ensayo *Orientalism* en 1978 (traducción al castellano, con presentación de J. Goytisolo, en Madrid: ed. Debate, 2002).

FIS (Frente de Liberación Islámico) y su brazo armado (GIA) en la Argelia de los años 90 habrían preferido el recurso al reto descarnado que lanzó aquel *Frente* al monopolio de la gobernación detentado por el FLN (Frente de Liberación Nacional) desde el final de la guerra de liberación argelina contra Francia (1962). O recogimiento, o desafío: una disyuntiva constante en el orbe árabe-islámico.

Según Hardy, al agudizarse las tensiones entre la periferia islámica y el núcleo poderoso dentro del hemisferio euro-americano entre 1979 (triumfo de la opción islamista en la República de Irán) y el desencadenamiento de las guerras del Golfo contra Saddam Hussein, la constitución de un núcleo de vocación terrorista, que logró coagular en Al-Qaeda (La Base), abocó a una colisión dañina para la pervivencia de unas relaciones internacionales mínimamente aceptables en el Mediterráneo oriental y en el Magreb, así como en sus retropaíses y aledaños geopolíticos de envergadura (Turquía, Irán, Yemen, y en el mismo Sahel africano). La culminación de este choque de intereses y percepciones explicaría el desplazamiento del conflicto entre hemisferios hacia el macizo afgano, con evidentes punciones y complicidades talibanes con la retaguardia territorial de Paquistán. El reto de la «periferia talibanizada» en Afganistán, adversa desde tiempo inmemorial a ocupaciones forasteras (británicas, ruso-imperiales, soviéticos), ha culminado, a su vez, en una guerra cuya terminación no está claramente a la vista, por más que los pronósticos de la Casa Blanca, del secretario de Defensa, del Pentágono y de la CIA estadounidenses digan lo contrario a través de sus portavoces rutinarios. Especialmente ahora, que ha sido liquidada la encarnación simbólica de la enemistad total de *cierto* islamismo (Osama bin Laden) hacia unas potencias y países de Occidente no siempre modélicos, por su reiterada falta de tacto y exceso de arrogancia en el trato con los demás.

El tercer y último ensayo que he seleccionado, a título divulgativo, pertenece a uno de los colaboradores del último número de la revista *Foreign Affairs* (mayo-junio, 2011), editada por el Council on Foreign Relations (USA). Concretamente, se trata de la contribución de Jack A. Goldstone, «Understanding the revolutions of 2011».

Así como Lewis encarna, en la percepción del autor de estas páginas, la tradición del orientalismo profesoral anglosajón (School of Oriental and African Studies, en Londres, e Institute for Advanced Studies, en Princeton), Roger Hardy, en cambio, ha sido elegido en cuanto observador y analista representativo de la esfera de los medios británicos especializados en el mundo árabe-islámico contemporáneo; mientras que Jack A. Goldstone, aunque es profesor universitario (George Mason University, USA), se incluye en cuanto epígono de la tradición politológica estadounidense, no desconectada de la esfera de instituciones americanas conexas al ministerio de Defensa y a los servicios de Inteligencia y *think-tank*, cuya encarnación más aquilatada podría ser el American Enterprise Institute, en Washington DC.

Para Goldstone, las *revoluciones* (la terminología –que conste– es suya) acaecidas en Túnez y Egipto, todavía pendientes de despeje final en Libia, han sido de raíz popular por el descontento manifiesto con las «dictaduras sultaníes» imperantes. Estas dictaduras han aparentado poseer durante decenios fuerza y solidez. Al final, han resultado ser harto vulnerables al llegar la hora de mantener el pulso.

Habitualmente, según la visión de este tercer autor en foco, los dictadores sultaníes, ya sean de casta militar, o procedencia civil, han logrado componer regímenes políticos altamente despolitizados, a favor de un partido político único, acompañado, empero, de otro más (de «comparsa»), llamado a legitimar ciertos aspectos formales (elecciones, por ejemplo) del proceso democrático.

Consecuentemente, los Ben Ali y Mubarak de los años 80 y 90 del siglo XX procedieron gradualmente a rodearse de una plana mayor burocrático-administrativa y empresarial, incondicional ante las pautas marcadas por el poder sultaní. Tanto éste como las clientelas a su servicio, han procedido sin ambages a la acumulación de riqueza, o cleptocracia, a partir de las posiciones privilegiadas que obtuvieron desde el inicio histórico del régimen a través del comercio exterior y la mediación en las inversiones de procedencia extranjera.

Este proceso se refuerza, y reproduce, con los años, permitiendo con ello el saqueo paulatino del tesoro nacional, la distribución desigual de los recursos públicos y el favoritismo de signo clientelar y nepotista, como vino ocurriendo en Túnez a través del clan de los Trabelsi. Esta descripción se parece, además, a lo que viene sucediendo en Marruecos y Argelia, aunque el fenómeno de desposesión del común tenga en estos dos países sus connotaciones y particularidades propias.

Paralelamente, la sociedad civil de los países árabes víctimas del sistema sultaní, fue contrayendo un estado de anomía despolitizadora, para conveniencia de sus mandarines, *sensars** y paniaguados. A ello se suma el beneplácito cómplice dado a estos regímenes por las autoridades políticas y diplomáticas de las potencias occidentales, o de otra procedencia, con lo que la perpetuación del círculo vicioso se convierte en norma consuetudinaria, por temor a la represión policial con que se prodigan tales regímenes.

En Egipto, las potencias occidentales –y Estados Unidos, en particular– apostaron por una autocracia represora de los «ismos» considerados peligrosos para el mantenimiento del *statu quo* regional. Así ocurrió con el Partido Comunista y la cofradía de los Her-

* En el Marruecos precolonial, mediadores nativos con la población extranjera asentada en el país.

manos Musulmanes. De esta manera, Israel contó desde la ratificación de los acuerdos de Camp Davis (1978) con un aliado de peso y prestigio como, desde hace siglos, viene siendo la ciudad de El Cairo dentro de la *umma* árabe-islámica. No me sustraigo a recordar aquí un *paper* que se titula «Diplomacia y diplomáticos arabistas. El precedente británico y el escenario americano (1945-1991)» (en *Actas de la Jornada sobre Orientalismo, ayer y hoy (entrecruce de percepciones)*, coordinado por V. Morales Lezcano; UNED, ed., 2005, p. 147-155).

Según el tercer autor de referencia, el aumento de tensiones internas tendría un origen generacional. Destaca la eclosión de la juventud en los países aquí concernidos (se estima que un 70 por 100 de la población árabe es menor de 30 años); amén del impacto de una crisis de subsistencias que viene afectando desde 2008 a ingentes bolsas de ciudadanos que han ingresado en el estadio de la pobreza mendicante. Estos dos factores causales se solaparían hasta converger en los últimos dos años. Ello culminaría en las ¿revoluciones/revueltas? de Túnez y Egipto que tuvieron lugar en el Bulevar Bourghiba de Túnez-capital y en la Plaza de la Liberación en El Cairo, escenarios adecuados para el despliegue de las emotivas manifestaciones que todos recordamos. Goldstone concluye la trama de su argumentación –discutible, sin duda–, refiriéndose al fin del proceso en ciernes en las líneas siguientes: «Con anterioridad a 2011, el mundo árabe figuraba en el mapa como única región del mundo (¿?) desprovista de democracia. Las revoluciones del jazmín y del río Nilo han venido a cambiar este panorama. Indistintamente de cual sea el resultado final de los acontecimientos, puede afirmarse que los regímenes sultaníes están llegando a su final».

Puesto que nos hemos propuesto únicamente difundir los tres enfoques interpretativos que se acaban de resumir, convergentes a veces, discrepantes casi siempre, y que abordan el insólito cambio

de horizonte político-social que han introducido las rebeliones populares del norte de África y la caída consiguiente de los regímenes autocráticos (con costes no excesivos), no romperemos tampoco, en este último caso, con la regla dorada de contribuir al debate de marras a través de las páginas de esta Revista.

Se me ocurre apuntar, a título de sugerencia, que no sería desafortunado recabar alguna que otra colaboración, en el futuro, de historiadores y analistas procedentes del Mediterráneo más meridional y oriental para redondear de esta manera la percepción de los primeros seis meses de este año en curso, que han sorprendido gratamente a los amantes de la libertad y de la equidad en Túnez y Egipto; aunque *no* precisamente en Libia, sobre cuya confusa situación interior –con intervención extranjera añadida– se puede hacer alguna que otra cábala.

V. M. L.